

entre la Babilonia antigua y nuestras Babilonias modernas, formularon la ley de la precesión de la cultura. Sin embargo, desde antes de la época del florecimiento helénico, los Egipcios, abrazando en su espíritu la inmensidad del mundo nilótico, real universo por su extensión y su aislamiento, daban otra dirección á la propagación del pensamiento humano: creían que le habían recibido de Sud á Norte, traído por la corriente del Nilo, del mismo modo que habían llegado los aluviones fecundos. Probablemente se engañaban, y, al menos en una época histórica conocida, la civilización se propagó en sentido contrario, desde Menfis á Tebas de las «Cien Puertas». En otras comarcas no hay duda que, á lo largo de los ríos y en sentido de su corriente, el movimiento de cultura hizo nacer las ciudades populosas, centros del trabajo humano. Así fué como en la India la trayectoria siguió de Noroeste á Sudeste, en las márgenes del Ganges y del Djamma; y en las inmensas llanuras chinas, la «línea de vida» se dirigió de Este á Oeste en los valles de Hoang-ho y del Yangtse-kiang.

Esos ejemplos bastan para demostrar que la pretendida ley del progreso que determinaría el traslado sucesivo del foco mundial por excelencia en el sentido de Oriente á Occidente, sólo tiene un valor temporal, local, y que otros movimientos seriales han prevalecido en diversas comarcas, según la inclinación del suelo y las fuerzas de atracción que suscitan las condiciones del medio¹. No obstante, bueno es recordar la tesis clásica, no sólo á causa de los hechos que explican su origen, sino también porque está todavía reivindicada por una ambiciosa nación del «Gran Oeste», que proclama altamente sus derechos á la preeminencia. ¿Pero no ha llegado á ser evidente, para los miembros de la gran familia humana, que el centro de la civilización está ya en todas partes, en virtud de mil descubrimientos y aplicaciones que se hacen diariamente, aquí ó allá, y se propagan en seguida de ciudad en ciudad sobre la redondez de la Tierra? Los trazados imaginarios que las historias antiguas dibujaban sobre la circunferencia del globo, se han ahogado, por decirlo así, bajo el avance de la inundación que cubre actualmente todos los países: es verdaderamente ese diluvio de saber de que

¹ Véase el cap. VI, lib. I.

hablaba el Evangelio, desde otro punto de vista, que se extiende igualmente sobre todas las partes del mundo. El elemento espacio ha perdido importancia, porque el hombre puede enterarse, y se entera, en efecto, de todos los fenómenos del suelo, del clima, de la historia y de la sociedad que distinguen los diferentes países. Comprenderse es ya asociarse, confundirse en cierto modo. Es cierto que el contraste existe siempre entre tierra y tierra, nación y nación, pero se atenúa y tiende gradualmente á neutralizarse en el entendimiento de las gentes ilustradas. El foco de la civilización es todo punto donde se piensa, donde se agita; es el laboratorio del Japón, de Alemania, de América, donde se descubren las propiedades de tal metal ó de tal cuerpo químico, el taller donde se construye tal propulsor de barco ó de aeronave, el observatorio donde se descubre tal fenómeno desconocido en el movimiento de los astros.

La teoría, antes famosa, de Vico, sobre los *corsi* y los *ricorsi*, el flujo y el reflujo de las evoluciones históricas, se halla tan abandonada en la discusión, como la hipótesis del desplazamiento sucesivo de los centros de cultura. No hay duda que una sociedad cerrada, procediendo como un individuo distinto, debe tener una tendencia natural á desarrollarse siguiendo oscilaciones rítmicas, en periodos de actividad sucesores de las horas de reposo, y cuando comienza de nuevo; el empleo de los mismos elementos en condiciones análogas ha de producir un funcionamiento casi idéntico. El vaivén de la democracia al régimen de los tiranos y de la tiranía al gobierno popular ha podido realizarse con un balanceo semejante al del reloj. Pero desde que la ciencia de la historia se ha agrandado y los elementos étnicos se hallan diversamente aumentados, la perturbación ha debido necesariamente producirse en la alternativa rítmica de los acontecimientos: el flujo y reflujo forman tal amplitud y se entremezclan de una manera tan variada que no puede reconocérseles con certidumbre, y, en gran parte, para hallarlos en una bella ordenación, se ha reemplazado la figura plana en que se mueve el balancín de Vico, por una curva sin fin de espirales ascendentes. Tal es la imagen poética con que Goethe los representaba, la cual sólo muy de lejos responde á la realidad. La verdad es que el enredo infinito de los hechos históricos, se pre-

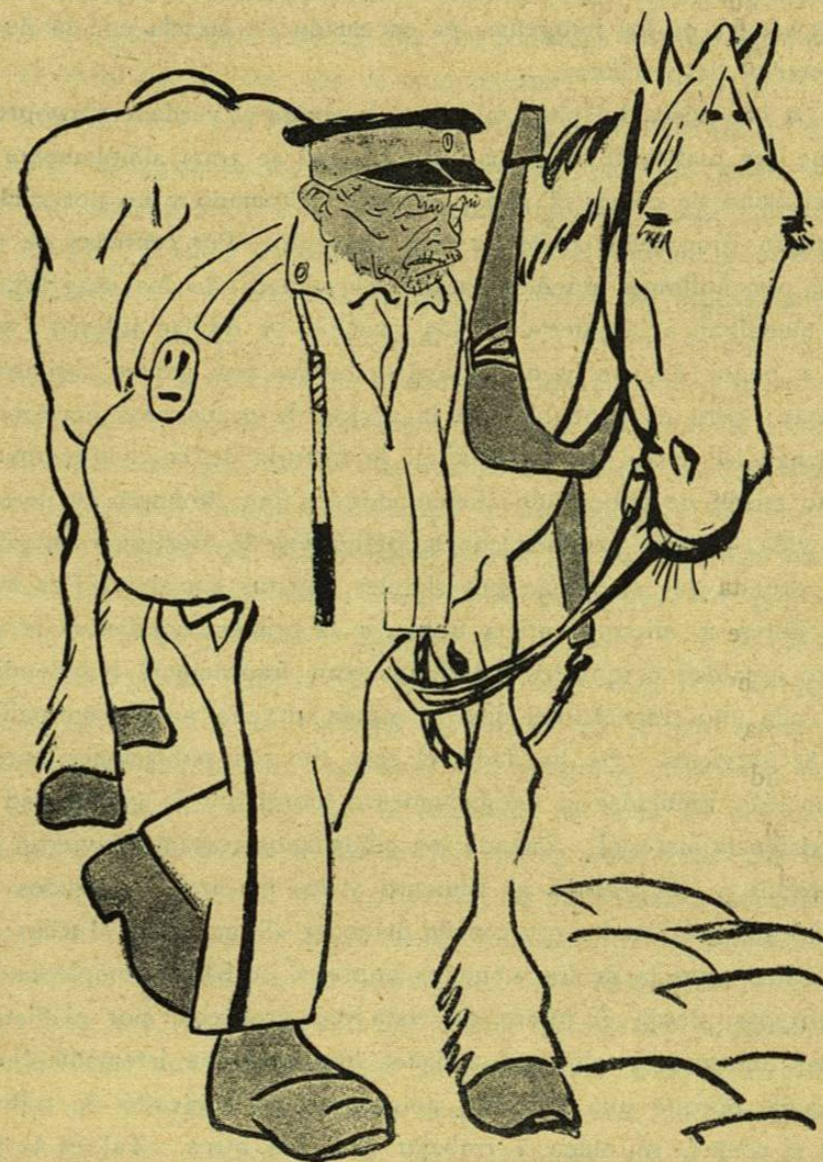
senta á los que lo estudian en general como desplegándose en grandes masas; pero en el interior se produce incesantemente un movimiento de acción y de reacción, y la resultante de las diferentes fuerzas en conflicto no puede llevar la humanidad por la línea recta. Un conjunto de tan prodigiosa heterogeneidad no está desprovisto de desarrollos armónicos, de admirables oscilaciones en los mil detalles de sus cuadros, pero las formas geométricas, por elegantes que sean, son insuficientes para dar una idea de las infinitas ondulaciones.

Esa misma extensión del campo de estudios, que crece con las revoluciones y los siglos, constituye uno de los principales elementos de progreso: la humanidad consciente ha aumentado constantemente en la misma proporción de la asimilación geográfica de las tierras lejanas al mundo ya científicamente investigado. Y en tanto que el explorador conquista el espacio y permite así á los hombres de buena voluntad asociar sus esfuerzos por todo el mundo, el historiador, vuelto hacia el pasado, conquista el tiempo. El género humano, que se hace Uno bajo todas las latitudes y todos los meridianos, intenta igualmente realizarse bajo una forma que comprenda todas las edades. Es esta una conquista no menos importante que la primera. Todas las civilizaciones anteriores, hasta las de la prehistoria, entrebren ante nosotros el tesoro de sus secretos y se incorporan gradualmente, en cierto sentido, á la vida de las sociedades actuales. Por la sucesión de los tiempos, que puede intentarse estudiar ahora como un cuadro sinóptico que se despliega siguiendo un orden en el que procuramos hallar la lógica de los acontecimientos, cesamos de vivir únicamente en el momento en que huye, y abrazamos en el pasado toda la serie de las edades trazadas por los analistas y descubiertas por los arqueólogos. De esta manera llegamos á desprendernos de la línea estricta de desarrollo indicado por el ambiente de nuestro punto de residencia y por la descendencia especial de nuestra raza. Ante nosotros se dibuja la infinita red de las vías paralelas, divergentes, entrecruzadas que siguieron las otras fracciones de la humanidad. Y en todas partes, en esos tiempos que se desarrollan hacia un horizonte indefinido, se presentan ejemplos que solicitan nuestro genio de imitación; por todas partes vemos surgir hermanos hacia los cuales sentimos

nacer un espíritu de solidaridad. Á medida que la perspectiva de los siglos se prolonga hacia el pasado, nos rodean mayor número de modelos que estudiar, y entre ellos hay muchos que pueden despertar en nosotros la ambición de asemejarnos á ellos por tal ó cual nota de su ideal. Desplazándose y modificándose de la manera más diversa según los pueblos, la humanidad había perdido una parte notable de las adquisiciones hechas anteriormente, y ahora podemos preguntarnos si es ó no posible recuperar todo el bagaje abandonado en las etapas de nuestra larga odisea á través de los siglos.

Dueños ya del espacio y del tiempo, los hombres ven, pues, abrirse ante sí un campo indefinido de adquisiciones y de progreso, pero, embarazados todavía por las condiciones ilógicas y contradictorias de su medio, no están en condiciones de proceder con ciencia á la obra armónica de la mejora para todos. Y se comprende: toda iniciativa procedente de individuos y de minorías poco considerables, esos grupos aislados ó esos débiles grupos corren muy apresuradamente, van derechos contra el mal que tienen enfrente, y si los esfuerzos tienen la ventaja de producirse así sobre todos los puntos á la vez, están por ello mismo desprovistos de toda estrategia. Pero teóricamente, colocándose por el pensamiento fuera del caos de los intereses en lucha, es fácil ver en seguida que la verdadera, la mayor conquista, aquella de la cual todas las demás son una derivación lógica, es la obtención del pan para todos los hombres, para todos los que se llaman «hermanos», aunque siéndolo tan poco. Cuando todos tengan qué comer, todos se sentirán iguales. Tal es precisamente el ideal que había sabido ya realizar alguna pequeña tribu alejada de nuestros grandes caminos de civilización, y este es el ideal de solidaridad que hemos de resolver cuanto antes si todas nuestras esperanzas de progreso no son la más cruel de las ironías. Montaigne relata lo que pensaban á este respecto los naturales del Brasil que fueron conducidos á Ruán en 1557, en tiempo del rey Carlos IX. Uno de los hechos extraños que más les llamaron la atención fué «que hubiera entre nosotros hombres sobrados de toda suerte de comodidades y que otros compatriotas, hambrientos y andrajosos, mendigaran á sus puertas, y les parecía extraño que esos compatriotas necesitados pudieran sufrir

semejante injusticia, y no detuvieran á los otros ó les quemaran sus casas». Por su parte Montaigne siente lástima por esos sal-



Dibujo de A. Roubille.

Cl. de l'Assiette au Beurre.

Á ti te espera el muladar.

Á mí me espera la Morgue.

vajes Brasileños, «que se han dejado engañar por el deseo de las novedades, y han abandonado la dulzura de su cielo para venir á

ver el nuestro». «De ese comercio nacerá su ruina»¹. Y, en efecto, aquellos Tupinambos del litoral americano no han dejado descendientes: todas las tribus han sido exterminadas, y si queda un poco de la sangre de los indígenas, es en estado de mezcla con la de los proletarios despreciados.

La conquista del pan, tal como la exige el verdadero progreso, ha de ser realmente una conquista². No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan por derecho humano y no por caridad de algún gran señor ó de un rico convento. Por centenas de mil, quizá por millones, puede contarse el número de los desgraciados que mendigan á la puerta de los cuarteles y de las iglesias: gracias á bonos de pan y de sopa distribuidos por gentes caritativas, vegetan; pero es probable que la acción de todos esos necesitados no tenga la menor importancia en la historia de la civilización: el hecho mismo de haber sido alimentados sin que afirmasen su derecho á la vida, y quizá también con la obligación de atestiguar su gratitud, prueba que se tenían por simples detritus sociales. Los hombres libres se miran frente á frente, y la primera condición de esta franca igualdad es que los individuos sean francamente independientes, cada uno respecto del otro y ganen su pan por la mutualidad de los servicios. Se ha dado el caso de que poblaciones enteras hayan sido reducidas al anonadamiento moral por la gratitud de la existencia material. Cuando los ciudadanos romanos tuvieron con suficiencia y sin trabajo el alimento y los placeres asegurados por los dueños del Estado, cesaron de defender el Imperio. Muchas clases, entre otras la de los «buenos pobres», se hallan completamente inutilizadas, desde el punto de vista del progreso, por el sistema de las limosnas, y algunas ciudades han caído en irremediable decadencia porque una multitud holgazana, no habiendo de trabajar para sí misma, se niega á trabajar para los otros. Tal es la verdadera razón por que tantas ciudades y hasta naciones son «muertas». La caridad trae consigo la maldición para sus protegidos. Júzguese por las fiestas aristocráticas en que pequeños herederos de grandes fortunas, lujosamente vestidos, con nobles ademanes,

¹ *Essais*, lib. I, cap. XXX, ps. 321, 322, edit. Louandre.

² Pedro Kropotkine, *La Conquista del Pan*.

graciosas sonrisas y bajo cariñosas miradas de sus madres ó de sus ayas, distribuyen regalos y aguinaldos á los pobres callejeros, limpios y mudados convenientemente para el caso. ¿Hay espectáculo más triste que el que ofrecen esos desgraciados niños deslumbrados por el brillo del oro en toda su munificencia?

¡Atrás, pues, esa fea caridad cristiana! La causa del progreso se halla entregada á los conquistadores del pan, es decir, á los hombres trabajadores, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo. Á ellos corresponde introducir el método científico en la aplicación á los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares y realizar el pensamiento de Condorcet: «La Naturaleza no ha puesto ningún término á nuestras esperanzas», porque, como ha dicho otro historiador sociólogo: «Cuanto más se pide á la naturaleza humana, más da; sus facultades se exaltan con el trabajo, y no se perciben límites á su poder»¹. En cuanto el hombre está firmemente seguro de los principios según los cuales dirige sus actos, la vida se le hace fácil: conociendo plenamente lo que le es debido, reconoce por esto mismo lo que se debe á su prójimo, y como consecuencia rechaza las funciones usurpadas por el legislador, el gendarme y el verdugo; gracias á su propia moral, suprime el derecho (Emile Aollas). El progreso consciente no es un funcionamiento normal de la sociedad, un acto de crecimiento análogo al de la planta ó del animal; no se abre como una flor². Se comprende como un acto colectivo de la voluntad social, que llega á la conciencia de los intereses solidarios de la humanidad y los satisface cumplida y metódicamente, consolidándose tanto más á medida que esta voluntad se rodea de nuevas adquisiciones. Ciertas ideas, una vez admitidas por todos, se hacen indiscutibles.

En su esencia, el progreso humano consiste en encontrar el conjunto de los intereses y de las voluntades común á todos los pueblos; se confunde con la solidaridad. Ante todo debe tender á la economía, muy diferente en esto á la naturaleza primitiva, que prodiga las semillas de la vida con tan admirable abundancia. Actualmente la sociedad se halla todavía muy lejos de haber alcan-

¹ H. Taine, *Philosophie de l'Art dans les Pays-Bas*.

² Herbert Spencer, *Social Statics*, p. 80.